

infeliz por falta de una correspondencia de que los hombres son incapaces. Por lo ménos es cierto que los asistentes á ese espectáculo sombrío vieron que la hermana de las Musas se levantaba al cielo en forma de cisne, cuando hubo apénas rozado las ondas del mar Jónico. Como el amor fuese entre los griegos materialista de inclinacion y conviccion, la hermosura entre ellos por fuerza habia de adolecer de la impureza con que esta loca poetisa se entrega con sus criadas en su casa á un impúdico secreto. La belleza es fuego en esa nacion de poesia tangible y música palpable : Medea va corriendo sin empacho tras su amante ; Ariadna está llamando al suyo á voz en grito ; la mujer de Menelao huye con el amigo de su esposo. La mitología nació en Grecia, y el amor es ciego : si hubiera nacido en los bosques de Germania, el amor seria grave, reflexivo, taciturno, profético, sabio y frio, como Belleda.

Así él está bañado del fresco rocío de las montañas de Inisfail en las heroínas de Ossian, esas mujeres nubes que descenden sobre sus adoradores, los circuyen en forma de niebla sobrenatural, brillan como el iris de las colinas de Morven, y se pierden por el espacio desvanecidas en suspiros que quedan resonando en los oídos de los guerreros, semejantes al murmurio de los manantiales invisibles que corren por los bosques. Todo es espíritu en esas bárbaras encantadoras : aman á sus héroes, les infunden valor con su aliento, los siguen á la batalla para verlos morir, ó los esperan en una roca donde ellos las hallan muertas. Por las heridas mismas de los amantes y las amadas corre un fluido sutil, como

el que mana de las llagas de los dioses. El fuego no chispea sino en la espada del guerrero : cuando Fingal se asoma por el mar en auxilio de Cuchullin, Suarán descubre la flota enemiga desde los montes y la enciende con la ira de sus ojos. Pero el amor de la bella Morna es puro y suave : sus pechos son como los globos de mármol que están medio hundidos en las orillas de las cascadas de Branno, y su corazón palpita en pasión inocente ajeno de todo impulso material. Ducomar, dice, guerrero feroz, no te amo : Cairbar, el jóven Cairbar, viene á mis ayes, cuando estoy dormida soñando en él al borde de la fuente. Ducomar, ve hácia él, y dile que la hija de Cormar, la bella Morna, le ama. Cairbar, responde el amante desdeñado, no volverá á oír que Morna le ama : ves esta sangre que rojea mi espada ? Es la de Cairbar. Guerrero, contesta Morna, corriéndole las lágrimas por las mejillas, dame acá tu espada que yo bese la sangre de mi amigo. Ducomar se la presenta : Morna se la hinca en el pecho á su dueño, el cual, arrancándosela con el último aliento, hiere á su vez el blanco seno de la vírgen. Morna cae, lánguida y pura como la azucena debajo de la cuchilla.

Starno, rey de Loclin, tiene una hija á la cual cuida y oculta más que un tesoro. Agandeca oscurece la nieve con la blancura de su cútis, dice el bardo cantando las gracias de la niña. La espuma de las olas no es más suave que su pecho, ni en el cielo hay nube de color más casto y delicado que el de sus mejillas. Sus ojos son azules, su mirada inunda de un amor que ahoga los malos pensamientos. El ruido de los pasos de Agandeca produce una armonía como el ritmo con que andan los

entes celestiales. Cuando se detuvo en los umbrales de Fingal, su prometido, parecía la luna parada sobre una nube del oriente.

Y Galvina? La cabellera de Galvina es negra como el ala del cuervo : los ojos en ella grandes, las pestañas encorvadas y largas. Esta princesa fué triste desde la cuna : reir, nunca en la vida : sonreir, sonrie; pero la melancolía toma cuerpo en sus labios, y esas sonrisas son como lágrimas secas que se entran al pecho y caen sobre el alma. Galvina ama á Conal. Cuando éste salió á caza, la querida acometió á probar el amor de su amante con los celos : vistióse con el traje de un jóven guerrero, y se dejó estar de piés en su puerta. Viene Conal, ve ese hombre allí, pierde el color, requiere el arco, vuela la flecha. El cazador llega animado por el gozo de la venganza, mira el cadáver, tiembla, cae muerto. Galvina, el Genio de las grutas de Tura, estaba allí tendida sobre su propia sangre.

Fingal se halla acampado á orillas del mar con sus guerreros. Allá, juguete de las olas, viene subiendo y bajando una frágil nave. Favorécela el viento : he ahí que llega á la presencia del héroe, rodeada de la muerte. Oh tú, vírgen radiosa, exclama Fingal, eres el Genio de las ondas, y has dejado tus palacios de coral por ver la luz del sol? Si eres mujer y menesterosa, ven : el brazo de Fingal es baluarte de la inocencia y rayo de perversos. Guerrero, responde la desconocida, soy Fainis-Ollis, hija del rey de Craca : Borbar, rey de Sora, quiere mi amor á viva fuerza, y vengo huyendo de su persecucion y sus caricias. Si el rey de Sora te sigue, Fainis-Ollis, aquí hallará su tumba, al pié de esta negra peña

que está blanqueando con la espuma de estas olas. Ven, y ponte á la sombra de mi espada, hija del rey de Craca. Fainis-Ollis es bella como un sueño : su cara resplandece circuida de una auréola divina, sus ojos son fuentes de felicidad no probada por los mortales.

Evir-Ollin baja cantando de la montaña, semejante al arco íris que se extiende sobre las laderas de Lena. Sus cabellos, largos, negros, ondulantes, vienen flotando en manos del favonio que abusa de la soledad y se propasa en sus maliciosas travesuras. Evir-Ollin está tomada del amor de Ossian ; y en tanto que su voz entona el nombre de este bardo guerrero, su seno exhala una vaporacion olorosa como el ámbar del Báltico.

Ullin, el feroz Ullin, está subiendo la colina de Cromla cargado de ira y silencio : quién es la vírgen que de abajo le mira y tiembla, enviando allá su alma por los ojos? Es Gelchosa, querida de Lamdarg. Ullin va á combatir con su amante, y ella está esperando la muerte de ese su amigo, novel en las armas y la guerra. Ullin es héroe provector, fuerte como Cuchullin, temible como Starno. Enfurecido de celos, loco de esperanza, Ullin le matará, y vendrá luégo á llevarse consigo á la bella Gelchosa. Lamdarg baja de la colina : Cromla ha oido resonar los golpes de los dos héroes, y el muerto no fué el amante de Gelchosa. Gelchosa, brotándole por el rostro luz de felicidad, le echa los brazos al jóven victorioso, y parece una estrella colgada al cuello del dios de la alegría.

Cada edad tiene su belleza, dijimos : la infancia, la puericia, la adolescencia, la juventud, y la vejez misma presentan modelos que excitando admiracion y simpatia, despiertan en nosotros esta idea visible de fundamento inexplicable que nos da conocimiento y conviccion de la belleza. La del niño inocente que está subiendo y bajando en los brazos de su madre, es cosa palmaria, sujeta á la vista y al amor de todos. La de la adolescente, ya la delineamos segun el caudal de nuestras facultades. La del anciano seria quizá la que muchos no comprendiesen ni sintiesen, atenedos al principio vulgar y falso de que los verdes años son condicion indefectible de la belleza. Si amor y voluptuosidad son caractéres exclusivos suyos, vengo en ello ; pero una cosa es decir que las mujeres hermosas despiertan en nosotros inevitablemente el sentimiento del ánimo con el cual las divinizamos, consumiéndonos en sus aras en nuestro propio fuego, y otra la apacibilidad y la inocencia que nos infunden el niño y el anciano hermosos. Para niño, cualquiera : salud, aseo, gordura bastan para la infancia, que de suyo es bella. Para ancianos, allí está Termosiris, el patriarca venerable que prevalece por la estatura, la calva sublime y la barba que se le descuelga por el pecho en madejas ondeadas y argentadas. Los ojos son azules en este anciano, el rostro largo : la blanca epidermis ha conservado los remanentes del zumo de clavel que en otro tiempo le encendia las mejillas corriendo aprisa por las venas. Camina con paso que da indicios de los movimientos de los séres inmortales : así es el Eterno cuando se levanta de su trono refulgente, y pasa por ante las gerarquías, dándoles tiempo de verle y

adorarle, perdidas en un océano de admiracion y gloria. El poema de Homero que ofrece modelos de todo lo cumplido y todo lo grande, nos muestra tambien en el viejo Priamo el dechado de la belleza en el hombre de años : tambien éste cultiva una barba sacrosanta, la cual por ventura encierra los secretos del destino de Ilion y su familia. Priamo, al frente de sus cincuenta hijos á la mesa, protegiendo con su mirada á Hécuba, y llorando con ojos proféticos la ruina de Héctor, es figura descolante en la Iliada, figura que fué concebida por obra de la potencias del Olimpo, y nació en la imaginacion del poeta al mismo tiempo que la del padre de los dioses.

Pero la belleza esencial, la belleza realmente dicha, no hay duda sino que está vinculada en la mujer, ó tiene conexiones inquebrantables con el amor y la voluptuosidad. La edad florida es requisito de esta belleza, fuera de la cual los deseos mismos se amortiguan y se apagan, como que han salido de su circunferencia, echados poco á poco por el tiempo. Margarita, reina de Navarra, mandó que las mujeres, á los treinta años, cambiasen en buenas el título de bellas. O nunca fué hermosa esa señora, ó le sobró modestia : quince años de guerra, triunfos, lágrimas, placeres y dolores, poco es, en realidad, poco es. Maupercio calculó que el hombre podia disfrutar tres años de dicha acendrada, *desleidos*, dijo, en sesenta ó setenta de sinsabores y amarguras. Luego los quince de la mujer hermosa son mucho, mucho son. Mas ruegos contempleis que en ellos están revueltos trabajos, desazones, pesadumbres, celos, con

toda clase de logros y delicias : si éstos fueran sin aligacion, gran Dios! los quince años de las flores de la vida contuvieran quince siglos de felicidad, y Maupercio nos habria hecho hurto de doce períodos inmortales. Pero este hombre de bien no roba nada : esos monstruos que nos siguen y rodean con nombre de miserias, desgracias y amarguras son los que nos socaban el tiempo, y nos comen la buena fortuna, y nos envian á la vejez como á una isla sin más paso que la muerte. Abderrahman, califa de Damasco, estuvo más en lo justo cuando afirmó que de sus largos años de poder, triunfos, riquezas, amores y felicidades, á lo sumo podría él sacar catorce dias felices. Estos no eran, sin duda, los de sus victorias, ni los de su coronacion, ni los de los festejos reales con que le endiosaron las ciudades : fueron los que pasó en brazos de una mora de dieznueve años, de cuyo amor y lealtad estaba cierto, en jardines como esos donde se encerraba Salomon con la bella egipcia. Felicidad sin amor, no hay alma seca y helada que imagine : preponderancia, honores, tesoros, salud, fama, todo va á dar al centro de la felicidad única, que es el amor. Por eso el ciego del Paraíso Perdido dijo :

In solitude

What hapiness? Who can enjoy alone?

No hay felicidad posible en la soledad : nadie puede gozar á solas. Todas las otras felicidades no son sino ventajas, elementos de la verdadera ; si ya no decimos que son siervas, tan unas con ella y tan apasionadas, que si su señor viene á morir, todas ellas son dolientes

inconsolables que estarán léjos de labrar la satisfaccion y la alegría del que las poseyere. Condescendencia con los apetitos animales, vicios repletos, ciertas pasiones y deseos llevados á felice cima, pueden causar placer y orgullo ; pero éstos se hallan léjos de la felicidad, la cual es una con ese ritmo profundo y cadencioso que liga el corazon del hombre con el de la mujer. De esta música sin sonido nacen los vínculos de la sangre, el gozo maternal, la ufanía y la esperanza del padre que ve su amor encarnado en esos frescos pimpollos que perpetuarán su nombre y serán la gloria de su éstirpe. El conquistador que entra ciudades por fuerza de armas, sojuzga pueblos y extiende sin término la jurisdiccion de su corona, pensando mortalmente sobre gran parte de sus semejantes ; el ebrio consuetudinario que abunda en medios de perdicion y se bebe la muerte de dia y de noche en esa copa que es para él la sepultura ; el libertino feliz al cual no hay fortaleza que no se rinda, ante el cual no hay inocencia que no caiga derribada ; el avariento que tiene llenos de oro dos toneles, semejante al viejo barbon de Lafontaine ; el gloton cuyas facultades están apiñadas en el estómago, y es harto afortunado para que no le falten perdices ni capones ; éstos, digo, no son felices : el irracional que da vado á sus instintos cumple con su naturaleza ; pero como no posee el discernimiento del corazon ni el órgano del sabor divino, ignora la felicidad, y vuelve al regosto cada dia como quien acude á puras necesidades, no como quien alcanza un nuevo triunfo en el cual toman parte la inteligencia y la conciencia.

Los viejos, incapaces de amor, no son capaces de felicidad, van á decirme esos ergotistas que todo lo vuelven triquiñuelas escolásticas. Los viejos viven, aman, son felices de memoria : su mundo ha pasado ; pero, como los astros en sus órbitas, no se pierde, y vuelve á sus ojos cada dia, y está girando sobre su cabeza, para consuelo de sus corazones y gloria de su vida. Aman los viejos : aman á esas sombras que los visitan en sueños, les llenan los oídos de suspiros preñados en recuerdos, los rodean acompañándolos en sus soledades, y les prometen una santa renovacion de amores y placeres allá donde éstos se ofrecen á los labios sin liga de vicios ni amarguras, y son eternos, como las ondas de la luz en que rebosa la morada de la felicidad infinita. El fuego del padre, además, ¿ no sigue vivo en el corazón del hijo ? el amor de la madre, ¿ no pasa al pecho de la hija, y allí hace obras de dos caras, que tanto miran al tiempo pasado cuanto al porvenir ? Bienes de fortuna, títulos, preseas, la muerte nos regala envueltos en el llanto que debemos á nuestros progenitores : sus pasiones, sus placeres, sus esperanzas, herencias son con que nos enriquecen en vida, haciéndonos escritura que sellan sus enfermedades y dolores, y certifican nuestra salud y brio. El amor de su seno, nuestro amor es ; el ímpetu de su corazón, nuestro ímpetu es ; la fuerza de su vida, nuestra fuerza es : ellos apagados, nosotros ardiendo ; ellos ya no cultivan la esperanza, nosotros esperamos ; ellos miran hácia atrás, nosotros nos bebemos con la vista los años que en tropel se nos vienen allí cerca. Dejadlos, pobres viejos, personas venerables, que descansen en la fría atmósfera

donde los ha metido el tiempo : el afecto de sus hijos, las caricias de sus netezuelos les abrigan el alma, y en el calorcillo del hogar donde arden las virtudes, perciben ellos uno como aliento de las llamas de la gloria. Si un viejo amó en sus dias, si fué amado, no digais que es infeliz : desgraciado es el que vuelve la cabeza y ve un desierto inclemente sin afecciones ni virtudes. La memoria es un universo : todas las cosas de la vida, en forma de globos resplandecientes, arcos luminosos ó nubes negras, están girando en confuso laberinto, sin faltar, empero, al orden indefectible con que la verdad pone las cosas en su punto.

Para felicidad, mucho son los tres años de Maupercio ; para belleza, poco los quince de la reina de Navarra. Aun cuando se echara de ver segunda intencion en mí, yo sentaria, y esto sin relevarme de la prueba, el principio de que la mujer puede ser bella hasta los cuarenta años. Bárbaro ! grita por ahí un clavel encendido que está viendo á la rosa su vecina desmzalada y triste de la mañana á la noche ; pues cuáles son las viejas ? A los cuarenta años, unas parecen las siete vacas flacas del sueño de Faraon ; otras no saben qué hacer de la carne que se les sale del vestido y se derrama por todas partes. Abúltaseles la cara, acórtaseles la garganta : el dios del amor no irá, sin duda, á disparar de allí sus flechas. Demos que las canas sean vanas ; pero esas culebritas que empiezan á serpentear por la frente, por los ojos, por la barba ; no se llaman arrugas ? Mirad si sobre esas encias pálidas se levanta la orden primorosa de dientes marfilados que asomaban afuera cual pequeños dioses

cuando la hermosa sonreía! Huesitos amarillos son ahora; amarillos, pero delicados: no los mireis con fuerza; la vista es harto poderosa para derribarlos: si atáredes una araña con su propio hilo á uno de ellos, irse ha con su estaca la hija de las paredes. La crasitud de sus miembros la trae sofocada á esa mujer voluminosa; su aliento es labor ímproba: aun muy feliz si el tabaco no le convierte en sepultura la boca que ahora veinte y cinco años era gruta de coral donde los amores gustaban de triscar y hacer su musical ruido. Los ojos... Démosles tregua á las gordas: venid acá, señoras flacas, y decidnos, ¿cómo os dais maña en llevar unidas las cien mil cucharas que componen vuestro cuerpo? Hojalata vieja, castrapuercos, matraca, ruido de cuero seco, huevos vacíos echados en las piedras, cantimplora rota, vejiga con alma de maíz, todo he oído en este mundo; pero cosa que me lastime más el órgano auditivo que la osamenta de una cuarentona soltera y devota, no hay en la circunferencia de la tierra. Sería yo un pazguato si dejara pasar la oportunidad de una *vendetta*: yo soy veneciano sin puñal: muchas veces me he vengado; nunca sin reirme. Aquí viene como anillo al dedo darle una tanda á una niña de cincuenta navidades que empeñada en hablar bien de mí, con sus ojitos de lagartija y su voz de preñadilla: « De talento, instruido, enérgico: debe ser diputado: acaso para ser legislador es preciso ser blanco ni buen mozo? » Oiga, mamá Difi... Para dar leyes no es preciso ser blanco ni buen mozo; pero para quedarse con la desvergüenza sería preciso no ser ni vieja ni fea: yo no perdono sino á las bonitas; y eso esperanzado en que ellas me sirvan algún día de palacio

de cuerpo legislativo, donde talento, instrucción y energía hallen ancha y cómoda butaca; que para sentarme sobre una talega de costillas de pescado, no quiero ser ni emperador.

Añudemos el hilo del asunto. Dije, y el clavel me contradijo, que la mujer podía ser hermosa hasta los cuarenta años. Raras son las que poseen el arte de conservar sus incentivos allende los términos prescritos por doña Margarita de Navarra: mas si á la predilección de la naturaleza por algunas personas añadimos ese arte encantado con el cual la aurora va huyendo de la vejez, tendremos que entre muchas viejas de treinta años, brillan no pocas jóvenes de cuarenta. Buena constitución física, apacibilidad de genio, templanza en las pasiones; medida en los placeres, costumbres acordes con las virtudes no en extremo austeras, y una como ciencia filosófica para el acicalamiento del rostro y el atavío general, partes son de la juventud, y campeones que se oponen denodadamente á los asaltos de esa fada terrible que viene amenazando con las canas, las arrugas y el desmuelo. A los cuarenta no son, pero solemos llamarlas viejas, por vengarnos de sus desdenes, por hacerles mala obra, ó por pura iniquidad y flujo de maledicencia. Abuelas hay que causarían la ruina de Ilión, si consiguiesen persuadirnos de que sus hijas son sus hermanas, y sus nietos son granujos pertenecientes á la casa vecina. Por lo tocante al garabato y la frescura, ponedlas entre las troyanas del cuadro de Apeles, y sobre mí si no les echan el pié adelante á Casandra y Policena. Diana de Poitiers tuvo la virtud de prolongar

las gracias de los verdes años hasta la edad en que otras están bajo de tierra. Dicen que esa mujer, bella como una deidad pagana, poseyó un secreto nunca revelado; secreto que lo adivinó ó lo descubrió á su vez la célebre cortesana del tiempo de Luis décimocuarto, Ninon de Lenclos. Esta sin par hermosura inspiró pasiones profundas de los cincuenta años para adelante: ¡qué sería de los veinte á los treinta! Su última aventura amorosa la corrió á los sesenta cumplidos. Cuando el caballero de Grammont le hizo á su amigo el duque de Brissac la pega que todos saben, no era aun vieja ni de edad: en cuanto al rostro y el cuerpo, Hamilton, cronista acendrado de ese famoso libertino, nos la describe como la beldad de quien Aristeneto decia: Vestida, cuán hermosa es! pero desnuda, es la hermosura misma. *Induitur, formosa est; exuitur, ipsa forma est.* Curiosos habria que si tuvieran ménos noticia de mi desabrimiento natural, me preguntaran: cuál fué la pega que el de Grammont le hizo al de Brissac, si gustais, señor don Juan? No gusto, en verdad, de ocuparme en niñerías; y puesto que las del caballero de Grammont viven por escrito en el libro más clásico de los galos modernos, á él os habré de remitir donde más largamente se contienen las calaveradas de buen gusto y pilladas estuendas del último de los galanes franceses. Mas si quereis ahorrar lectura, sabed en dos palabras que el caballero tuvo una noche cita con la Ninon hermosa. Empeñilado para lance tan supremo, hirviéndole la sangre en las venas, va á echar pierna á su caballo, cuando he aquí un billete: « Me hallo indispueta: no vengais ahora. » Bonito era el mancebo para dejarse llevar al pi-

lon. Va, se aposta por ahí tras una columna del portal y, atalaya vigilante, espera en silencio á su competidor afortunado. Héle allí: es Brissac, su amigo; el dichoso Brissac, señor de devengar tres mil escudos. Brissac, amigo querido, te envia aquí el Dios de los desamparados: me sucede el caso más extraordinario que pudieras imaginar. Sin preguntas ni rodeos, dame acá tu capa y tu sombrero, ten mi caballo, y espérame quince minutos. Sálvame, camarada, sálvame! Tú sabes que mi vida es tuya, si va de punto de honra. El señor duque era un jerifalte, pero cayó en el buitron: capa y sombrero, allí están: toma el caballo por la brida, y espera, espera. Grammoncito ha llamado á la puerta de Ninon: « Quién va? » — « Psit! » — « Qué psit? » — « Brissac. » Ábrese el santuario, Grammont adentro. La diosa está resplandeciente: suelto el pelo sobre los blancos hombros: las mejillas echan fuego, los ojos luz de placer. Una túnica de cendal ondea sobre ella en vasto pliegue... « Duque, amigo del alma! » El á quien tenia entre los brazos era el postergado caballero, cuyo tacto, gracia, ingenio y cortesía fueron premiados ampliamente en medio del más gustoso reir, á costa del más feliz de los enamorados, quien se estuvo hasta la media noche asido de la brida del caballo. Qué tal? Si quereis de éstas, á las « Memorias del caballero de Grammont, » por su cuñado el inglés Hamilton; que yo no digo más, y vuelvo sobre mi asunto.

Elpinice, hermana de Cimon, no fué tan dichosa: en esos felices tiempos en que el gran pintor de Atenas la ponía al natural en uno de sus mejores lienzos, pudo